



Nicomedes-Pastor Díaz

Del movimiento literario en España en 1837

- I -

Extraño espectáculo ofrece, sin duda, a los ojos del observador filósofo el movimiento literario que en España se nota, y la multitud de producciones poéticas que diariamente ven la luz pública, precisamente en una situación y en circunstancias que parece debían estar reñidas con todo lo ideal, con todo lo bello. Trabajada la nación por una guerra larga y sangrienta; cuando de un ángulo al otro de la Península no se oyen más que alaridos de muerte, llanto de orfandad y quejidos de miseria; cuando resuena tan estrepitosamente la gritería de las controversias políticas, y sopla tan embravecida sobre ésta sociedad despedazada la tormenta, que acompaña siempre a los angustiosos períodos de crisis y de transición de los pueblos, entonces es cuando la literatura sacude el polvo de vejez que la cubría, cuando sobre el teatro español reverdecen los laureles que se habían secado sobre las tumbas de Calderón y de Moreto, y cuando por todas partes, mezclado al toque del clarín y al grito de alarma, se eleva y distingue el dulce canto de los poetas, como una solemne protesta contra las atrocidades de que, en mengua de la civilización, somos testigos; como una voz de consuelo que nos advierte que la hora de la barbarie aún no ha llegado; que aún hay fe y creencias en el seno de la sociedad; que el instinto de lo bello no se ha perdido todavía, y que detrás de la aparente disolución que nos circunda, los primeros albores de la reorganización y de la vida social despuntan sobre el horizonte. Una generación naciente de literatos se eleva, una generación decrepita de políticos se hunde, y una

generación varonil de guerreros pelea. Los principios abstractos y el prestigio de una política infecunda se desvirtúan; las cuestiones prácticas y los encontrados intereses materiales combaten; y la inteligencia, el orden y la belleza vuelven a revestir la forma que en todas las sociedades nacientes han tomado la forma de la poesía, la voz del canto, el fuego de la inspiración, la irresistible fuerza de la armonía.

No pretendemos nosotros en este artículo hacer una composición poética más. No queremos dar una importancia exagerada a la literatura contemporánea, muy distante sin duda de la perfección, apartada tal vez de su camino. No somos despreciadores de la política, ni hacemos una abstracción pueril de los intereses sociales, de las graves y serias cuestiones que se discuten en el foro y en el gabinete: el que traza estas líneas consume casi todas las horas de su día en áridas tareas, que a esas cuestiones y a esos intereses atañen. Solamente queremos consignar un hecho, y dañar todo el valor que en sí tiene. Y nosotros, que tomamos en serio todos los hechos sociales, y que vemos un fin en todas las tendencias de los pueblos; nosotros, a quienes nada de lo que afecta a una porción considerable de la sociedad, parece despreciable o perdido, no queremos dejar pasar sin advertirla y consignarla, esa reacción poderosa del espíritu literario que presenciamos, y esa no menos poderosa inclinación que en las clases más entendidas ha nacido hacia las nuevas producciones de nuestra literatura. Nosotros queremos alejar de estos estudios y de esta inclinación la apariencia de futilidad y ligereza de que hombres verdaderamente fútiles y ligeros la culpan y tachan; nosotros aspiramos, en fin, a deducir de un hecho evidente y fecundo consecuencias transcendentales para el porvenir de nuestra Patria, a cuyos más positivos intereses enlazamos nosotros los intereses de la literatura.

Porque se le ha hecho un grave cargo a la juventud, de su esterilidad y de su abandono; se ha pretendido ridiculizar su tendencia ideal y poética, en medio de un siglo tan eminentemente material y positivo, y ha sido mirada por muchos con una especie de compasión despreciativa la aparición simultánea de tantos jóvenes literatos, la creación de tan bellos dramas, la inspiración de cantos tan dulces o fantásticos, y finalmente, la publicación de cuatro o cinco periódicos exclusivamente literarios, en una capital en que no pasan de otros tantos los periódicos políticos.

Nosotros no contestaremos a esa inculpación sino con un hecho. Estos periódicos se sostienen: uno de ellos, a la segunda semana de su aparición contaba cerca de seiscientos suscriptores; los teatros se llenan de bote en bote siempre que se anuncia una nueva pieza dramática original; los cantos de los nuevos vates son recitados, leídos, declamados, aplaudidos y criticados en todos los círculos de la sociedad culta, y todas las imaginaciones se agitan con una comezón poética, que si por lo común no produce, más que obras informes y efímeras como el día en que nacen, es un síntoma harto claro de la fermentación que precede siempre a una nueva era literaria. Existe, pues, una tendencia marcada de este género en la sociedad española: los espíritus gravitan, por una inclinación irresistible, hacia esta clase de estudios, y las producciones que aparecen no son más que la fórmula más o menos exacta, de las ideas que

abriga la generación que nace, el himno de amor y de ilusiones que preludia un pueblo que despierta a la vida de la inteligencia y del sentimiento, la expresión de una necesidad vivamente sentida que se agita aún en las primeras y vagas tentativas de comunicarse y de satisfacerse.

Reconocido este hecho, no nos detendremos a examinar los extraños, si bien naturales síntomas con que aparece, y las consecuencias que de él se deducen. Este trabajo, o es superior a nuestra inteligencia, o nos conduciría a cuestiones muy difusas, y al parecer muy ajenas del asunto que tratamos. Tal vez en otros artículos, si para ello nos da lugar la multitud de otras graves y asiduas tareas que nos cercan, presentaremos más detalladamente algunas de las consideraciones que diariamente nos sugiere la comparación de nuestro estado social, de nuestra revolución política y de nuestra nueva existencia literaria. Bástanos consignar desde ahora la relación que media entre estos grandes intereses, no menos íntima a nuestros ojos que el lazo que liga entre sí la vida física, intelectual y moral de los individuos. Por eso escribimos; por eso cantamos; por eso combatimos; por eso nos atrevemos a dogmatizar; por eso recogemos y damos al público las producciones que en nuestras columnas se insertan.

Y no enunciamos esta verdad y esta convicción para dar mayor importancia a nuestros trabajos; que servirá sólo para imponernos nuevas y graves obligaciones. Pues que consideramos a la literatura con un fin social, a un fin, digno de la actual sociedad y de la grande obra a que ésta es llamada, debemos dirigirla: pues que vemos en ella el reflejo de sus ideas, con relación a la inteligencia y la filosofía de la humanidad, debemos considerarla; ya que ella debe ser la expresión de sus sentimientos y la fórmula de sus creencias. Nosotros no debemos aspirar a pervertirla, a corromperla, a desnaturalizarla, a convertir en instrumento del genio del mal la lira armonizadora del genio que ilumina y crea; ni a verter, trocado en veneno disolvente y corrosivo, el bálsamo celestial que la providencia derrama sobre las sociedades moribundas e infestadas, para infundirles nuevas fuerzas, para cicatrizar sus heridas, para purificar la sangre de sus venas, y para restituir la alegría y el consuelo al seno de los pueblos afligidos y desesperanzados.

Acaso nuestra nación está en ese período, y acaso en ninguna otra deba ser más influyente la poesía en el estado social, porque en ninguna otra es un medio tan natural de comunicación y enseñanza.

- II -

Todas las naciones de Europa han tenido en estos dos últimos siglos hombres grandes y genios colosales, que las han civilizado con su talento, y que han asentado con sus doctrinas, y sellado tal vez con su sangre los eternos principios de la verdad, justicia, libertad y religión, afirmando en tan sólidos cimientos la paz y la dicha futura de los pueblos. El siglo actual ha producido ya nuevos genios, a quien la humanidad debe nuevos beneficios, la filosofía nuevos descubrimientos y las artes nuevos tesoros.

España, en tanto, ha parecido como extravasada del movimiento intelectual; en España no se ha levantado un genio; España no cuenta un

filósofo; España ha aprendido poco, y no ha creado nada. Y en esta España se eleva al mismo tiempo una generación de artistas y un coro de poetas: en medio de la aparente esterilidad de los pensamientos, brota con una fecundidad maravillosa la más lozana y vigorosa creación de versos sublimes, de trovas delicadas, de sentidas elegías y de dramas caballerescos y profundos, que prometen hacer olvidar en breve las producciones de la nueva escuela extranjera, y elevar nuestra poesía al rango preferente que en otro tiempo obtuvo.

Nuestro genio es la imaginación; nuestra filosofía la literatura: lo que en otras partes es amor a la verdad, es en nosotros entusiasmo por la belleza; lo que en otras naciones es actividad de producir, es en la nuestra ansia de gozar, o más bien placer de sentir. Este suelo produce espontáneamente versos y flores, y bajo este cielo privilegiado, bajo las influencias de un clima meridional y de un temperamento árabe, los españoles más se entregan a lo vagaroso de las musas que a lo positivo de las artes; más gozan en cantar que en aprender; más que los aplausos de la tribuna les embriagan de gloria los triunfos del teatro.

¡Y qué! Este fenómeno constante, ¿debe ser perdido para el observador filósofo? ¿No debe ser apreciado como un hecho, como un dato en los cálculos de nuestra civilización y progreso? Y porque no esté en consonancia con la marcha de las otras naciones, ¿debe ser despreciado, debe ser tenido por una calamidad, o contado en nada para la obra del político? Nosotros no lo podemos creer. Los instintos de los pueblos se dirigen; pero no se contrarían. Los instintos de los pueblos son obra de la providencia, y entran en el cálculo de sus fines; y medio de la providencia puede ser, y en el cálculo de sus fines ha entrado y puede entrar todavía, el que así como hay naciones que se regeneran por las ideas, otras se regeneren por los sentimientos, y que el principio de vida social que se inocular en unas por el apostolado de las doctrinas, sea infundido en otras por la inspiración del canto. La providencia, como el general de un vasto ejército que lleva las tropas de la humanidad a través de la cordillera de los siglos, puede comunicar sus órdenes y dirigir los combinados movimientos de sus divisiones, ora por la voz de los intérpretes de su inteligencia suprema, ora por los armoniosos toques de su música y de sus bardos.

¡Ah! Si esto no fuera cierto, ¡qué desconsolados quedaríamos al tender la vista por nuestra patria! ¿Dónde hallaríamos un punto luminoso que nos anunciara el sol que ha de alumbrar el oscuro horizonte de nuestro misterioso porvenir? Si no nos animara esta fe, ¿cuál podría ser nuestra esperanza?

No nos importa que pueda estar lejana esta época, y que sea muy lento el trabajo necesario para elevar nuestra literatura hasta el punto de influir poderosa y saludablemente sobre la sociedad, y ejercer de lleno sobre ella su acción fecunda y civilizadora. El impulso está dado, y el movimiento no se parará. Acaso todas las producciones que ahora aparecen, desaparecerán como informes embriones y confusos bosquejos, ante obras más armónicas y dotadas de más perfecta vitalidad. Rompieranse acaso, y se desharán cómo tipos incompletos, como postizos andamios, para que edificios nuevos se eleven y duren: acaso no está aún hallado el principio que ha de presidir a la grande obra de nuestra regeneración literaria, y

nos agitamos a ciegas buscándole en una confusión parecida a la anarquía. Pero el movimiento existe, el deseo existe, el doloroso trabajo que precede a la creación existe, y el calor literario se hará fecundo, y la inspiración vendrá, y el principio se formulará, y los bosquejos se harán modelos, y los edificios se levantarán magníficos, colosales, eternos; y nuestra España se rodeará de la aureola de gloria y de la atmósfera de armonía y perfumes de que necesita para respirar y vivir, y sin la cual se asfixia y se muere.

Y nosotros que para este santo fin trabajamos, no consideremos nuestras tareas como fútiles y vanas, como una obra de mero pasatiempo, como una obra de circunstancias, como un paseo en que nos es permitido vagar sin rumbo y sin objeto. No: para nosotros hay un porvenir, un sistema y un destino providencial: tenemos un estadio que es preciso recorrer; una meta que es preciso tocar; y no importa que nos estrellemos. En la lucha está la gloria, y en el intento el valor: otro carro pasará sobre nosotros, y llegará al término apetecido, y pondrá la corona de su triunfo a los pies de la humanidad, en cuyo nombre lidia. No: nosotros no somos los bufones del mundo ni los juglares de sus pasiones; que debemos ser sus bardos. Cuando en el corazón de la sociedad hay egoísmo, y prosa, y materia muerta, nosotros no debemos ser sus imitadores, no; que la poesía no es arte de imitación, por más que bárbaramente se la haya así proclamado. Buscar debemos en el cielo inspiraciones de virtud, esfuerzos de abnegación, imágenes de ideal belleza, y presentarlas a la sociedad, como modelos que ella debe imitar, y en cuya dirección debe elevarse, ya que no le sea dado llegar a su altura.

Y cuando la sociedad se despedaza, cuando los fundamentos de todas las instituciones se conmueven y se desmoronan, cuando todas las creencias se destruyen, cuando todos los afectos del corazón se secan, cuando los mezquinos intereses del egoísmo y las míseras pasiones personales toman la voz y ocupan el lugar de los intereses públicos; cuando la libertad está en todos los labios y la tiranía en todos los corazones; cuando la sangre corre, y los campos se talan, y los pueblos se incendian, nosotros no debemos asociarnos a esa política sangrienta, a esa obra nefanda de desolación y de ruina, ni azuzar con nuestros acentos la saña de los vencedores, escarnecer la aflicción de los vencidos. No: precisamente entre estos horrores, nuestro deber y nuestra misión es dirigir una voz de consuelo a esta sociedad, que nos lo agradecerá con lágrimas, y distraerla de su aflicción con himnos de paz y tonos de dulzura, como se hace oír una música armoniosa a un enfermo doliente y postrado. Y cuando haya cesado la lucha, y tras la obra de destrucción sea preciso edificar y construir, entonces nos asociaremos con más esperanza y con más intimidad a trabajos de reorganización, y a empresas dignas de un nuevo siglo, que tiene que lucir para esta nación sin ventura, si el cielo en su cólera no ha decretado que sea borrada del libro de la vida. Así, cuando Hércules hubo purgado el suelo de los monstruos que disputaban su vivienda al hombre, Orfeo elevó sobre aquel mismo suelo ciudades poderosas con sólo el poder del pensamiento, de la inspiración y de la lira.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

